

DIARIO DE CUNDINA

PRECIOS DE SUSCRICION

Por un año.....\$ 10-00
Por un mes..... 1-00

Este periódico se publica todos los días no feriados.

Bogotá, lunes 23 de noviembre de 1874.

Se reciben suscripciones:— En Bogotá, en la Agencia general, carrera de Venezuela, calle 4.ª, número 147, i fuera de Bogotá, en las Agencias respectivas.

DIRECTOR—Florentino Vezga.

EL DIARIO.

CERTÁMENES.

2986

Noviembre es en Bogotá mes de ánimas, de lluvias, i de certámenes. En cuanto a ánimas, es claro que las de este año han sido en mayor número que en el pasado,—se entiende las *beneditas*, que es como piadosamente llamamos a los muertos. En cuanto a lluvias, ha habido pocas; i en cuanto a certámenes, ha habido muchísimos i aún habrá mas.

Certámen es un exámen que todo establecimiento de educacion, público o privado, primario, secundario o profesional, tiene el deber *consuetudinario* de presentar, al ménos una vez al año, delante del público,—del público, que consuetudinariamente no asiste a él.

Para qué sirve un certámen? Esto depende de la especie a que pertenece, porque el jénero es sumamente variado.

Si cada clase es examinada simultáneamente, siendo numerosa i siendo muchos los examinadores, el certámen no sirve para nada. Todos comenzarán por el principio, i ninguno tendrá tiempo para preguntar o para responder, respectivamente, cosa de provecho.

Si entre los que son examinados a un tiempo, hai buenos i hai malos,—como dicen que sucede siempre en la viña del Señor,—el certámen sirve para cubrir la desnudez de los unos con la riqueza de los otros; o para descubrirlos a todos, cuando la manta de los pocos no alcanza para una envoltura jeneral. En tal caso el certámen es peor que inútil, i peor que injusto.

Cuando es uno solo el que se presenta por toda una clase, hai lugar a uno de estos dos comentarios, a cuya validez no se los haremos nosotros:

En un caso: se conoce que sacaron al mejorcito!

En el caso contrario: si así está el mejor, ¿cómo estarán los otros?

Esto depende de que el público no ree jamas en la ceguera de la suerte cuando se trata de certámenes.

Pero hai más en contra de los exámenes colectivos, o sea de *democracia pura*. Los dandos de algunos alumnos, cuando por casualidad están presentes, o se conforman con que a los *sumos*

tas consideraciones a un salon de certámenes, i veamos lo que en él pasa cuando está lleno. Cuando está casi vacío es claro que lo único que en él está pasando es el certámen.

Los salones de certámenes están llenos cuando son de *mujeres*. Un certámen es de mujeres, primero cuando lo son las que lo presentan; i segundo, cuando mujeres están presentes en él. Decimos *mujeres* por ser la voz jenerica opuesta a la de *hombres*; pero queremos decir i debe entenderse *señoras* i *señoritas*, respectivamente.

Ahora bien, por regla jeneral cuando el certámen es de mujeres, entónces no hai certámen, por dos razones, que son una misma razon: la muchedumbre de la concurrencia i la calidad de la concurrencia.

Dios nos libre de hablar o de escribir el menor dasacato a nuestra *juventud elegante*; pero es lo cierto que cuando envía sus representantes *maternos* a una funcion a que no los han convidado, la funcion se vuelve desde la esquina de la calle respectiva un *paso de las Termópilas* por donde no *pasaria* Leonidas.

¿Qué puede alcanzar a oír, qué puede alcanzar a responder una señorita a quien por serlo no le faltará su buena dosis de cortedad, en medio de uno de esos *malstroems* o vorájines de salon, formados i qué casualidad! precisamente por todos aquellos que se le olvidó invitar al que da la funcion?

De todo puede uno formarse idea en un torbellino de esos, pero no puede formársela de lo que sepan los o las del certámen.

No es solo éste el medio para que el certámen no resulte certámen. Hai combinaciones que dan el mismo resultado.

La música i los discursos son para ello de un efecto admirable.

Si el certámen es de música o es de oratoria, por supuesto que deben tener lugar las *ejecuciones* respectivas. I aun sin ser ese el caso, una pieza de música o la tradicional *resunta*, pueden pasar sin la tacha de *sofismas de distraccion* o *diversion*.

Pero ejecuciones de piano o de canto por señoritas, indudablemente muy recomendables a causa de su belleza

mática, trátese de hermenéutica, el mismo niño que, por ejemplo, acaba de ignorar el contenido de la pregunta i de la respuesta, se yergue de repente i de aquella boquita ántes tan balbuciente, desata una tormenta digna de Bourdaloue, sobre el álgebra? la numismática? la hermenéutica?—no! contra la impiedad masónica, contra los salvajes utilitaristas, contra el sensualismo ateo....!

Por supuesto que entónces la funcion resulta admirable. I es de notar que los que concurren a estos *actos* preparados con tanto esmero i que en realidad nada tienen que ver con la moralidad práctica de los alumnos, ni con las materias i los métodos de enseñanza, no concurren los días de exámenes, ni se informan de nada mas.

—¿Qué buen certámen, dice uno, el duo salió a las mil maravillas!

—Excelente certámen! le contesta otro, porque hoy sí que aguantaron los de Tracy!

—Divino certámen! añade un tercero, ¿qué trajes tan lindos los de las Zurietas!

—Ya lo tengo yo dicho, concluye algun santo varón: este es el mejor colegio: qué cortinas! qué láminas las del salon! i qué ortodoxia!

Si algo hai exajerado en lo que precede, que cada lector piadoso lo reduzca a las justas proporciones. El cuadro no lo hemos bosquejado sino para establecer el debido contraste con las escenas sencillas, severas, ejemplares, que están teniendo lugar en el Capitolio, i en las cuales se llevan toda la prez los humildes hijos i las humildes hijas del pueblo.

Debe irse siquiera sea una vez a verlo que son los certámenes de las escuelas públicas.

Allí no se hallarán *réplicas* que pregunten i aplaudan ántes de que les respondan. No se oirán discursos impertinentes, que los que ménos entiendan sean los que los gritan. Allí no hai sofisma ninguno de entretencion. Las preguntas no llevan sobreescrito ni las respuestas traen posdatas. Un examinador implacable va tocando con la voz, como un organista con los dedos, en una especie de teclado humano, que corresponde acertada i armónicamente, i las mas veces a un tiempo a

privado, primario, secundario o profesional, tiene el deber consuetudinario de presentar, al menos una vez al año, delante del público,—del público, que consuetudinariamente no asiste a él.

Para qué sirve un certámen? Esto depende de la especie a que pertenezca, porque el género es sumamente variado.

Si cada clase es examinada simultáneamente, siendo numerosa i siendo muchos los examinadores, el certámen no sirve para nada. Todos comenzarán por el principio, i ninguno tendrá tiempo para preguntar o para responder, respectivamente, cosa de provecho.

Si entre los que son examinados a un tiempo, hai buenos i hai malos,—como dicen que sucede siempre en la viña del Señor,—el certámen sirve para cubrir la desnudez de los unos con la riqueza de los otros; o para descubrirlos a todos, cuando la manta de los pecos no alcanza para una envoltura jeneral. En tal caso el certámen es peor que inútil, i peor que injusto.

Cuando es uno solo el que se presenta por toda una clase, hai lugar a uno de los dos comentarios, a cuya validez no se los haremos nosotros:

En un caso: se conoce que sacaron al mejorcito!

En el caso contrario: si así está el mejor, ¿cómo estarán los otros?

Esto depende de que el público no ree jamas en la ceguera de la suerte cuando se trata de certámenes.

Pero hai más en contra de los exámenes colectivos, o sea de *democracia*. Los déudos de algunos alumnos, cuando *por casualidad* están presentes, o se conforman con que a *los suyos* les hagan tan pocas preguntas como los demas. Exijen que *se los hagan*...

I tambien hai más en contra del *sistema representativo* aplicado a los certámenes: ¿porqué no es mi hijo el que *salido a la suerte?* es la pregunta *as natural* de cada papá i de cada mamá.

Por sobre todas esas imperfecciones los certámenes hai unás de órden que cabe mas lamentable.

El alumno estudioso i atento es así, que es tímido, vergonzoso, modesto,—gradaciones de una misma virtud que llamaremos bondad. I el desapliado i díscolo es al mismo tiempo atrevido, despreocupado i lo demas que se llama en ese mismo fondo que puede llamarse mala índole.

¿Pues bien! El certámen sí que es un mundo de las jentes del *coram vobis!* para salir bien i hasta para caer en gracia sirve más la osadía que la ciencia más el desparpajo de un instante que la paciente laboriosidad de todo el año escolar.

Trasladémonos despues de todas es-

no hai certámen, por dos razones, que son una misma razon: la muchedumbre de la concurrencia i la calidad de la concurrencia.

Dios nos libre de hablar o de escribir el menor dasacato a nuestra *juventud elegante*; pero es lo cierto que cuando envía sus representantes *mas tiernos* a una funcion a que no los han convidado, la funcion se vuelve desde la esquina de la calle respectiva un *paso de las Termópilas* por donde no *pasaría* Leonidas.

¿Qué puede alcanzar a oír, qué puede alcanzar a responder una señorita a quien por serlo no le faltará su buena dosis de cortedad, en medio de uno de esos *malstroems* o vorájines de salon, formados i qué casualidad! precisamente por todos aquellos que se le olvidó invitar al que da la funcion?

De todo puede uno formarse idea en un torbellino de esos, pero no puede formársela de lo que sepan los o las del certámen.

No es solo éste el medio para que el certámen no resulte certámen. Hai combinaciones que dan el mismo resultado.

La música i los discursos son para ello de un efecto admirable.

Si el certámen es de música o es de oratoria, por supuesto que deben tener lugar las *ejecuciones* respectivas. I aun sin ser ese el caso, una pieza de música o la tradicional *resunta*, pueden pasar sin la tacha de *sofismas de distraccion* o *diversión*.

Pero ejecuciones de piano o de canto por señoritas, indudablemente muy recomendables a causa de su habilidad i su condescendencia, pero que no son las que están poniendo el certámen,—son un muy dulce sofisma de esos que los lógicos llaman de *distraccion*, pero siempre un sofisma.

En cuanto a los discursos, ni aun lo dulce suele tener el mismo sofisma. Algunas veces tiene de dos o tres amargos, entre los cuales el de la impertinencia no es el peor.

Pasaron ya los tiempos en que era de moda un exordio muy largo i un final larguísimo de cumplimiento i felicitaciones, por parte de cada uno de los que preguntaban.

Ai! Aquello era un no acabar *de la complacencia con que se queria corresponder, apesar de la insuficiencia, al honor de ser llamado a presenciar &c.* i diez etcéteras mas.

Pero si aquello era impertinente cómo llamaremos una media docena de discursos casi seguidos en un mismo acto?

I si los discursos fueran *cortoncitos!* Si fueran al grano! Pero con deplorable frecuencia no es eso, no, lo que sucede. Trátese de álgebra, trátese de numis-

dad nada tienen que ver con la moralidad práctica de los alumnos, ni con las materias i los métodos de enseñanza, no concurren los dias de exámenes, ni se informan de nada mas.

—¿Qué buen certámen, dice uno, el duo salió a las mil maravillas!

—Excelente certámen! le contesta otro, porque hoy sí que aguantaron los de Tracy!

—Divino certámen! añade un tercero, ¡qué trajes tan lindos los de las Zurietas!

—Ya lo tengo yo dicho, concluye algun santo varon: este es el mejor colegio: qué cortinas! qué láminas las del salon! i qué ortodoxia!

Si algo hai exajerado en lo que precede, que cada lector piadoso lo reduzca a las justas proporciones. El cuadro no lo hemos bosquejado sino para establecer el debido contraste con las escenas sencillas, severas, ejemplares, que están teniendo lugar en el Capitolio, i en las cuales se llevan toda la prez los humildes hijos i las humildes hijas del pueblo.

Debe irse siquiera sea una vez a ver lo que son los certámenes de las escuelas públicas.

Allí no se hallarán *réplicas* que pregunten i aplaudan antes de que les respondan. No se oirán discursos impertinentes, que los que menos entiendan sean los que los gritan. Allí no hai sofisma ninguno de entretencion. Las preguntas no llevan sobrescrito ni las respuestas traen posdatas. Un examinador implacable va tocando con la voz, como un organista con los dedos, en una especie de teclado humano, que corresponde acertada i armónicamente, i las mas veces a un tiempo, a cada llamamiento preciso.

El tímido lo hace mal una vez por atolondramiento, pero a la segunda vez, o a la tercera, o a la milésima, porque para todos hai mas de mil veces, se repone él i repone su crédito. El atrevido que no es mas que atrevido triunfa en un lance, triunfa en otro, pero al fin se deja conocer por todos como verdaderamente es.

Al fin del acto puede quien lo haya presenciado con atencion, aunque no haya conocido ni visto antes a los alumnos, no solo señalar cuáles son los mas adelantados, sino tambien qué carácter tiene cada uno; porque la prueba es jeneral, repetida i casi infalible; i en esa edad i con ese método todo el ser de cada alumno es llamado por decirlo así a la superficie i presentado en toda su luz.

INTERIOR.

TELEGRAMAS.

Honda, 20 de noviembre de 1874.

Señor Director jeneral de Correos.

A las once a. m. llegó vapor *Victor* con paquete.